

S.M./R.22



EL PROPAGADOR CIUDADELANO

ECO DE LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

*(Se publica con licencia de la Autoridad Eclesiástica
y se reparte gratis, para contribuir á la difusión
de buenas lecturas.)*

Año XX



Ciudadela, 8 Febrero de 1921



Núm. 258.



M. I. Dr. D. José Febrer Allés, Deán, Director local del Apostolado de la Oración

EL ejemplar de todas las virtudes es Cristo Jesús. Fundamento de todas ellas fue puesta la humilde abnegación. Consustancial al Padre, igual en la gloria, tomó Jesús forma de siervo, y en su humana naturaleza, entregada al abatimiento, quedó escondida su gloria, para que sobre aquella brillaran la claridad y la gloria de los eternos decretos. Por esto tuvo un nombre superior á todo nombre. (1) ¡Grande y luminosa enseñanza! El hombre escondiendo lo que hay en sí de humano para que lo vista la luz de las eternas verdades, ofrece perfeccionada y realzada su naturaleza, y alcanza nombre poco menos que de ángel. (2) Estos caminos anduvo el varón que hoy recordamos. A la sombra y al abrigo del Corazón de Jesús había abandonado como despojos, todos humanos afectos; á la claridad de la llama de aquel encendido corazón divino, se divisó la grandeza que él quería ocultar, ninguna, ni la más mínima ostentación haciendo de honores, que nunca buscó, sino que éstos buscaron á él, haciendo sacrificio de sus rentas, de su libertad, de su salud, de su vida. Tal fué el Deán Febrer, que hemos conocido y estimado siendo su memoria por todos alabada.

Ciudadela, 23 Enero 1921.

† EL OBISPO.

(1) *Bd Philipp.*

(2) *Psl. 8.*

El Doctor Febrer y el Apostolado de la Oración

CON ser tan conspicua, tan grande y portentosa la personalidad del Dr. Febrer, no vacilamos en afirmar que la Dirección del Apostolado constitu-

ye la nota suficiente para definirla, en sus últimos treinta años.

Dos verdades queremos dejar aquí bien sentadas: su amor al Apostolado, y su vasta acción sacerdotal, pero derivada toda ella del Apostolado.

Tan claro, tan patente a la vista de todos los hijos de esta

ciudad fué el amor, el cariño intensísimo que mantuvo al Apostolado, desde que tomó a su cargo la dirección del mismo, que resulta innecesario, por no decir pueril, todo trabajo encaminado a demostrarlo.

Bien parecía que ningún otro problema, con ser tantos los que él sabiamente encauzaba, iba formando su constante preocupación. Fué en verdad dechado de Directores, y con esto está dicho todo.

¡Qué bien entendió, y qué bien supo darla a conocer nuestro llorado maestro, la naturaleza y la excelencia singular de la grande Obra! Y porque la conocía a fondo, la amaba, la amaba con delirio; y porque la amaba, consagró a su difusión y a su perfeccionamiento todas las energías de su alma, todas las fuerzas de su cuerpo.

Persuadido de la eficacia, del poder soberano de esa alianza de celo y de oraciones en unión con el Corazón de Jesús; no vivió sino para infiltrarla en cuantos corazones hallaba a su paso, en cuantos corazones quisieron acercarse al suyo, para recibir por su medio fuerzas y alientos, fervor y constancia en el servicio del Rey celestial.

La obra del Apostolado había llegado en Ciudadela a su perfecto desarrollo; pero para conseguirlo ¡cuántos sudores derramados! ¡cuántas fatigas experimentadas! ¡cuántas vigi-

lias! ¡cuántos desengaños debieron amargar su vida apostólica, pero sin lograr jamás ni detener ni retardar su marcha!

Desde las alturas a las que su genio, y más que su genio su ardiente celo le habían encumbrado, dominaba toda la extensión de la gloriosa obra, y ni un detalle escapábase a su mirada, y en la organización de los cultos, en la preparación y celebración de las fiestas, en el cumplimiento exacto del Reglamento por parte de socios y de celadores, veíase siempre la mano del Director, siempre oportuna, siempre acertada, instrumentó siempre dócil de una inteligencia radiante de luz, de un corazón rebotando fuego.

Del Apostolado se ha dicho que es «una máquina de apostólica acción; la oración es su esencia motriz, pero su industria es de todas las cosas pertenecientes a la gloria de Jesucristo.»

A todas esas cosas extendióse la maravillosa acción del Dr. Febrer; ádua labor fuera determinar los objetos y los diversos campos de esa acción; pero no tan difícil reducirla a la unidad; puesto que todos sus trabajos, con ser tan varios y tan complejos, fueron producto de una misma máquina, ramas de un mismo árbol, facetas de un mismo brillante, valiosísimo por cierto.

Sus sermones, sus conferencias, su confesonario, sus escritos, sus consejos, sus edificantes conversaciones ¿fueron acaso otra cosa que la expansión de ese celo por la gloria de Dios, de esa solicitud por los intereses del Corazón divino, por la salvación de las almas? Y este y no otro es el espíritu del Apostolado, el alma de su institución, el resorte de su desenvolvimiento, el norte de todas sus miradas.

Si es cierto que nuestro amado director en su vida de apóstol jamás perdió de vista ese norte, no lo ha de ser ménos, que el espíritu del Apóstolado informó siempre toda su vastísima acción. El amor al Corazón divino, el amor al Apostolado le hizo grande, tanto que jamás morirá en nuestra memoria ni en nuestro corazón.

¡Dichoso él, que a semejanza del Doctor melífluo, San Bernardo, cuando decía que ni en los escritos, ni en las disputaciones sentía jamás gusto alguno *nisi sonucrit ibi Jesus*, pudo exclamar que en cosa alguna halló dulzura, contento, satisfacción, a ménos de que brillara en ello la gloria del Corazón divino!

SEBASTIAN JUAN, *Arcipreste,*
Director Diocesano del Apostolado.



Su labor didáctica

FAVORECIDO en mis juveniles años, huérfano de padre, con la bondadosa protección del llorado Sr. Febrer; uno de sus discipulos admiradores del amado Profesor; compañero después del preclaro Maestro, no podía dejar de asociarme al homenaje póstumo que hoy se dedica a su memoria, en estas páginas. Mi intento no es trazar una semblanza del inolvidable difunto, que forzosamente sería incompleta y descolorida, como obra de mi tosca pluma. Mi finalidad no es otra, en estos momentos, que bosquejar ligeramente la intensa *labor didáctica*, que puso en gran actividad las potentes energías de su privilegiado talento, durante la mayor parte de su vida.

Terminada apenas su brillante carrera completa de estudios en el Seminario Conciliar de esta diócesis, durante la cual coronó todos los cursos académicos con las más altas calificaciones, fuéronle abiertas de par en par las aulas del Seminario, para ocupar el sillón de la cátedra el que hasta entonces había figurado entre los estudiantes más aventajados, en todos los cursos académicos. Alternó los ministerios del estado sacerdotal con la práctica de la enseñanza, que tan afinado temple y récia solidifica-

ción reporta, a quien la ejerce con celo y competencia, como era peculiar al joven e ilustrado profesor.

Doctor en Sagrada Teología y Licenciado en Derecho Canónico, el Sr. Febrer fué de los que no cifran el colmo de sus aspiraciones en la obtención de las investiduras académicas. Su alto concepto de la ciencia y su sed insaciable de cultivar siempre más y más los talentos con que Dios le había enriquecido, mantuvieron en su ánimo un constante y férvido amor al estudio, dedicándose de continuo, con ardor y afán, a la adquisición de nuevos conocimientos. Este extraordinario amor al estudio, le retenía constantemente en su celda del Seminario, cuya soledad, tan aprópósito para sus anhelos de saber, constituía su más grata compañía.

Después de haber explicado algunos cursos Física, Química y Matemáticas, con indiscutible maestría, confiáronle la cátedra de Filosofía, en cuya enseñanza descoló como insigne maestro, comentando e interpretando, con dominio perfecto de la materia, las obras de texto, sucesivamente, de los eminentes filósofos escolásticos Zeferino Gonzáles, Liberatore y Zigliara. Recordaremos siempre sus discípulos la luminosa claridad de las explicaciones del sabio catedrático, sóbrio, metódico y accesible. Cuando se veía brillar, con mayores

fulgores, el claro talento, la solidez y profundidad de los conocimientos filosóficos del entonces joven profesor, era en las explicaciones de las más abstractas y difíciles cuestiones metafísicas. No había sistema filosófico erróneo que no conociera ni hubiera detenidamente estudiado, y había que oírle cuando exponiéndolos, señalaba y puntualizaba los principios vulnerables, las deficiencias y falta de base de cada uno de ellos, y frente a estos errores oponía la solidez y firmeza indestructibles de la doctrina escolástica. Poseía el raro don de amenizar sus profundas explicaciones filosóficas, de manera que atraía y cautivaba la atención de sus oyentes, produciéndoles delectación en vez de fatiga intelectual.

Pero el terreno donde el Dr. Febrer levantó más alto el edificio de su saber, el raudo vuelo de su privilegiado ingenio, conquistándose el justo dictado de verdadero sabio, de hombre de vastísima formación científica, competentísimo en ciencias eclesiásticas, fué en el desempeño de la cátedra de Sagrada Teología, la Reina de las ciencias. Cimentado sólidamente sobre base tan firme como es la filosofía escolástica, preparación indispensable para el estudio del dogma, bien digerida y no menos bien asimilada, explicó la *Suma Teológica* del Doctor de Aquino, admirando a sus discípulos por el

dominio de la materia que brillaba en sus sabias explicaciones. Al oír al Dr. Febrer como glosaba y desenvolvía ante sus discípulos, los argumentos y pruebas de las elucubraciones teológicas del Ángel de las escuelas, parecía como si abriera la mente del Santo Doctor para darla a comprender, como si fuera una águila que miraba al Sol de hito en hito e impulsaba a remontar el vuelo hacia él a sus discípulos.

Las cátedras de Derecho Canónico y de Teología Moral, fueron también enaltecidas con las enseñanzas de tan preclaro profesor, nimbado con los prestigios de su virtud y de su vasta cultura en todas las ciencias útiles al sacerdote.

No sólo las cátedras del Seminario fueron el campo de la *labor didáctica* del Dr. Febrer: la prensa fué para él como una prolongación de la cátedra escolar. La causa del bien, la defensa de los intereses de la Religión y de la sociedad, tenían en el entonces Doctoral de Menorca, un valiosísimo colaborador. Fué cofundador del periódico católico «El Vigía» de Ciudadela. Llevaba casi siempre sólo él la espinosa carga de sostener las controversias que se suscitaban en la prensa de esta isla y los que tales escritos leyeron no olvidarán nunca la fuerza indestructible de los argumentos y razones, con que combatía al adversario

y pulverizaba sus equivocados asertos. Posteriormente su cátedra periodística la constituía EL PROPAGADOR, revista por él fundada para la propagación del culto al Deífico Corazón de Jesús, de cuya devoción ha sido un verdadero apóstol en esta isla de Menorca. En las columnas de esta revista, ha sido también muy fecunda la *labor didáctica* del Dr. Febrer, tratando, con amenidad de estilo y serenidad de raciocinio, las candentes cuestiones sociales de actualidad y manteniendo siempre encendido el fuego de la piedad y del culto Eucarístico.

El púlpito fué también una de las cátedras, desde la cual enseñó. Poseía como orador sagrado, para el ministerio de la predicación evangélica, cualidades envidiables, cuales eran; mente de teólogo, corazón de apóstol e imaginación de poeta.

Tal fué, en breve bosquejo, la *labor didáctica*, o de enseñanza doctrinal, de mi inolvidable Maestro y amado compañero el Dr. D. José Febrer, Deán que fué de Menorca.

R. I. P.

GABRIEL VILA, *Chantre*.

Ciudadela, 29 de Diciembre de 1920.



“Apóstol del Divino Corazón”

*En la llorada muerte del
M. I. Sr. Dr. D. José Fe-
brer Allés, Deán, Director
del Apostolado de la Ora-
ción, en Ciudadela.*

EL Corazón Divino, sus ardores
a su alma la dió, cómo a raudales,
y siempre la regó, con manantiales
de aquel inmenso piélago de amores.

Por esto, irradiaron los fulgores
de su vida y empresas inmortales,
y, junto a él, se sintieron los grandos
[res
de sus altos anhelos celestiales.

Y por esto, si a mí se me pidiera
palabra que su vida compendiará,
su vida de trabajos y oración,
esta sola mi mano hoy esculpiera
que su tumba, perenne, decorara:
“Apóstol del Divino Corazón”.

JOSÉ TUDURÍ, *Lectoral.*

15-I-21.



A grandes rasgos

UNA biografía completa del
M. I. Sr. Deán Dr. José
Febrer Allés?... Muy difícil, casi
imposible.

Decir que nació en Ferrerías,
el 2 Julio de 1853, que allí cele-
bró su primera Misa, en 30 Sep-
tiembre de 1877, cursados los es-
tudios con gran brillantez en el
Seminario, donde desempeñó su-

cesivamente todos los cargos,
desde el mas humilde hasta el
mas elevado, y explicó con sin-
gular maestría todas las Asigna-
turas, es decir poco.

Añadir, que en la Catedral reco-
rrió una ascendente carrera, des-
de Beneficiado a Deán, después
de brillantes oposiciones a la
Lectoral, y luego a la Doctoral
que poseyó por espacio de 28
años, hasta su nombramiento,
por el Prelado, de la dignidad de
Chantre en 1913 y su promoción
a Deán en 1917, promoción que
fue saludada con unánimes y en-
tusiastas aplausos, es decir to-
davía muy poco.

Hacer constar, que fué Consilia-
rio del «Círculo Católico», Direc-
tor del periódico local «El Vigía
Católico», Presidente o Miembro
de muchas Juntas y Asociacio-
nes, Director del Apostolado de
la Oración, inspirador de todas
las empresas religiosas de Ciu-
dadela, alma de toda propagan-
da encaminada al bien común y
al orden social, modelo de cari-
dad inagotable, todavía nos pa-
rece muy poco.

Lo que es el popularísimo se-
ñor Febrer, (como se le llamaba
aquí) no es para escrito en un
artículo necrológico-biográfico,
ni para compendiado en cuatro
fechas cronológicas.

Persistimos en que resulta muy
difícil, presentar la biografía com-
pleta del llorado Deán Dr. Febrer.

Por esto sólo intentamos es-
bozarla a grandes rasgos.

Los albores.--Lo que podríamos llamar *su juventud sacerdotal*, fué ya notable, llena de celo, dedicada a los ministerios sagrados, en especial el confesonario y el púlpito. Los que le vimos en aquel confesonario, que ocupaba en la iglesia de San Agustín, el lugar que ocupa hoy el altar de Santa Margarita M. Alacoque, decíamos: ¡Qué sacerdote tan ejemplar, tan santo, tan lleno de celo! y nos acercábamos a él con confianza, con afecto filial, diciendo: si ahora siendo jóven, es ya tan experimentado en la vida espiritual, y tan discreto, y tan prudente, ¿qué será en tiempo sucesivo?

Y de sus primeros sermones, ¿qué diremos? Era su oratoria algo así como una novedad, por el estilo, por la entonación, por el fondo de sus discursos, por la feliz exposición de las ideas, por la forma irreprochable de dicción, caldeada siempre, por un sentimentalismo delicado, atrayente, bebido en la oración, y en el trato con Dios. El fuego del amor divino se propagaba desde el orador al auditorio, que fué siempre numeroso. Siempre predicó admirablemente el Dr. Febrer, pero en algunas ocasiones estuvo sublime. Las recordamos perfectamente con recuerdo imborable.

Celo Sacerdotal.--A tales comienzos debía corresponder una vida sacerdotal de apóstol; y así fué, para bien de Ciudadela y aun de toda Menorca.

¡Bendito sea Dios, que en nuestros aciagos tiempos, se dignó enviar a Menorca, un sacerdote, un apóstol!, de la talla del Dr. Febrer!

La gloria de Dios y la salvación de las almas: he aquí su lema, su norte, su bandera, su inspiración, su vida.

Para gloria de Dios, promovió con toda su alma la dulcísima, devoción al Sagrado Corazón de Jesús y fomentó el culto de la Santísima Virgen. Para gloria de Dios, organizó concurrídisimas comuniones, piadosos ejercicios, devotas y solemnes procesiones, y prestó siempre su concurso a cuanto tuviese por objeto glorificar a Dios, y dar mayor esplendor a su culto.

Y para la salvación de las almas, ¿quién es capaz de apuntar, ni una mínima parte, de lo que hizo el Sr. Febrer? No vivió para sí, vivió para los otros, vivió para el bien espiritual y corporal del prójimo, al cual consagró todos sus esfuerzos. Director experimentado, confesor asiduo, y más que asiduo heróico, en el desempeño de este ministerio; consejero imparcial y avisado; amigo fidelísimo; padre cariñoso; médico compasivo; todo esto y mucho más atesoraba el corazón sacerdotal del Sr. Febrer y todo esto hallaban cuantos a él se acercaron.

La Obra del Apostolado de la Oración.--Merece especial encomio el celo del M. I.

Dr. Febrer, en la Dirección del Apostolado de la Oración. Por espacio de casi treinta años fué el alma de esta Asociación y la elevó a un grado de esplendor y prosperidad pocas veces superados. La devoción tiernísima que profesó siempre al Sagrado Corazón de Jesús, le sugirió mil industrias piadosas para propagar su culto. Estampas, libros, revistas, hojitas, pláticas, invitaciones, todo era poco para el celo del Director del Apostolado. Las comuniones de los primeros viernes, la organización de cultos eucarísticos de fin de año, la celebración del mes de Junio, la solemne fiesta del Apostolado, los retiros espirituales, las visitas del Santísimo, Via-Crucis, novenas, etc., todo publica el celo, el desinterés, la laboriosidad incansable del Sr. Febrer. ¡Dios se lo haya recompensado!

Caridad Inagotable.—Mucho se ha dicho del desinterés, de la caridad del Sr. Deán, pero todo es pálido ante la realidad. Las lágrimas que derramaban los pobres en el día de su muerte, eran la mejor *Oración fúnebre*. La caridad del Sr. Febrer se extendía a todos; no exceptuaba a nadie; y así logró reducir al buen camino a muchos extraviados. Aun en esas obras de caridad y beneficencia, fué un apóstol. Los hombres no saben hasta donde llegó la caridad del Sr. Febrer; Dios y sus ángeles, debieron recoger el mérito de tantas

limosnas, para convertirlas en perlas preciosas de una corona de gloria inmortal.

Las últimas ráfagas.—

Una nota simpatiquísima, un detalle interesante en la vida y en la muerte del M. I. Deán Dr. Febrer, lo constituye su devoción a la Santísima Virgen.

Siempre fué amante de la celestial Señora, cuyo Rosario solía rezar todos los días en sus tres partes; y cuyas imágenes visitaba con frecuencia y ejemplar recogimiento. ¡Cuántas veces le vimos rezando, ante el altar de Ntra. Sra. del Carmen! ¡Cuántas orando devotamente en la capilla de la Virgen de la Consolación, cuyo pavimento besaba siempre, con afectuoso respeto! No faltaba nunca su visita diaria a María Auxiliadora, y allí, en aquel venerando Santuario, sin duda sintió los primeros síntomas del terrible ataque, que le dió en forma tan aguda, que no le permitió dar más que algunos pasos. Diríase que la Santísima Virgen Auxiliadora, le invitó en su templo, a pasar al templo de la gloria, para celebrar las hermosas Pascuas de Navidad. Su último sermón fué en honor de María Inmaculada; su última Misa la celebró en el altar de la Virgen del Carmen, y su última plegaria la dirigió a María Auxiliadora, la Reina y el encanto de Ciudadela. Allí, a los pies de María Auxiliadora terminó aquella vida sacerdotal, apostólica, ejem-

plarisima. Digno remate de tantos méritos.

¡Bienhayas Sacerdote santo, que habiendo respirado en vida los amores del Corazón de Jesús, te dormiste en muerte, en los brazos de su Divina Madre! Tu memoria será eternamente bendita.

JUAN TUDURÍ MOLL.



El Dr. Febrer, hijo de Ferrerías

Tú, humilde pueblo de Ferrerías, ya no serás el menor entre los pueblos de Menorca, porque de tí salió el caudillo que gobernó las huertas del Deífico Corazón.

Sesenta y siete años, que en pobre caserío de nuestra campiña, vió la primera luz el Dr. Febrer, y ante la sencillez de su cuna y la pobreza de sus progenitores, nadie podía presagiar los altos destinos de aquel niño.

De allí salía ya adolescente, impelido por sincera vocación eclesiástica, y dejando los lares paternos y los aperos de labranza, encaminaba sus pasos hacia lo que debía ser el dulce refugio de su vida, el Seminario; donde bebiendo su inteligencia en las fuentes del saber y moldeando su corazón con la práctica de la virtud, debía formarse aquella alma grande que concibiera tan

nobles empresas para la conquista de las almas. Como humilde fámulo entró el que no debía ya salir sino para la tumba investido con la alta dignidad de Rector.

Pasaron los años, y absorbidas sus potencias todas en la penosa y para él dulce tarea de mostrar a las almas el camino del cielo, mediante la devoción al Corazón de Jesús, parecía haber olvidado al pueblo que fué su cuna; y eran tan raras como fugases las visitas que le hiciera. Aparentemente no era ya hijo de este pueblo.

Pero sí, el Dr. Febrer era hijo e hijo amante de Ferrerías y de sus moradores. Antes de morir quiso dejar a sus paisanos lo que más amaba su noble corazón. El amor y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Esta idea grande que concibió su mente, fué caldeada por los entusiasmos de su corazón y le dió ser en aquel día memorable en que el pueblo todo de Ferrerías sin excepción, se consagró oficialmente al Corazón Divino. Y el entusiasmo que reinó entre sus moradores, y la suntuosa fiesta con este motivo celebrada, y la hermosa imagen entronizada en la casa Ayuntamiento, regalo de su Hijo ilustre, y la palabra de fuego con que predicó aquel día sobre su predilecta devoción; serán recuerdo perenne del amor que profesaba a su pueblo. Fué en aquel día su despedida para la

eternidad. Ya no vino más a Ferrerías.

La breve e inesperada noticia de su muerte, llenó de sentimiento el corazón de estos moradores. Han hecho cuanto les era dado para honrar su memoria; pero ni con las comisiones del Ayuntamiento y vecinos que le acompañaron a su última morada; ni con los solemnes funerales celebrados en esta iglesia parroquial, ni al convenir esta Corporación municipal en nombrarle Hijo ilustre, ni al poner en el salón de sesiones la efigie de tan esclarecido varón, ni al querer titular una de las principales calles con su nombre, podrán cancelar la deuda de gratitud con él contraída. Tras largos años de estudios adquirió un caudal de ciencia, con penosos sacrificios en la práctica de la caridad, logró la opinión de santo y con ello la fama con la cual honra al pueblo que le vió nacer, y por tanto su pueblo, Ferrerías, ya no será el menor entre los demás pueblos porque de su seno salió el Dean Dr. Febrer.

BARTOLOMÉ FLORIT, *Ecónomo*:

Ferrerías 12 Enero.



A la memoria de mi buen amigo el M. I. Sr. Febrer.

SI tristes son los recuerdos que se conservan de los amigos desaparecidos, consoladores son a la vez si los recuerdos se refieren a confidencias íntimas.

Si encantan y cautivan las expansiones espontáneas y sinceras que, de vez en cuando, se permite un amigo fiel para con otro, ellas admiran y edifican a sus conocedores al revelarse por haber pasado a mejor vida quien en un momento dado no preveía que habían de publicarse.

Muchos casos concretos podría referir que confirman la teoría espuesta. Séame permitido, en memoria del insigne varón de que nos ocupamos, aducir un solo hecho para consuelo y edificación de los que estas líneas leyeren.

Era el año 1916 cuando el Apostolado de la Oración de esta localidad celebraba sus bodas de plata: cúpome el inmerecido honor de cooperar en el número que esta misma publicación dedicaba a tan fausta fecha, y esto a requerimiento del Director de EL PROPAGADOR CIUDADELANO, el propio Sr. Febrer.

Titulé mi pobre artículo—«Poder de la Oración» y puse por lema «En vano edifica quien solo confía en el cálculo humano

prescindiendo de Dios; en cambio obra maravillas la oración en cuantas empresas acomete.»

En el curso del artículo, decía, entre otras cosas, lo que literalmente sigue: «Es un pobre sacerdote, ayudado de cuatro *beatos* y secundado de unas cuantas *exaltadas* mugeres que se propone festejar una fecha memorable, el vigésimo quinto aniversario de la fundación de una modesta institución que ha sido manantial y fuente de muchas gracias de lo Alto, y sin apelar al estruendo de bombos y platillos para anunciar la empresa que se propone, consigue un éxito sorprendente por lo inesperado y sublime. Es que ha comenzado por preparar el terreno con la oración fervorosa que pide al Cielo la ayuda y el auxilio.»

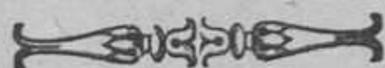
Semejantes conceptos en parangón con otros referentes a empresas que no acuden a la fuerza de la oración (de que me ocupaba y no son del caso repetir), produjeron en el ánimo del Sr. Febrer tal impresión que en un momento de intimidad, y seguramente sin darse cuenta perfecta de lo mucho que le enaltecía tal expansión, me dió a entender que si algo práctico y conducente a la gloria de Dios había él conseguido en sus humildes trabajos, todo lo debía a que la oración precedía y acompañaba sus empresas.

Perdona, carísimo amigo del alma, la osadía que supone en

mi el hacer pública tu manera de obrar; libre se halla ya tu noble y humilde alma de caer en la tentación de vanagloria: la reserva que la verdadera amistad exige en toda confidencia y en todo desahogo, debe desaparecer cuando se trata de revelar acciones y hechos que edifican y constituyen ejemplos que imitar: si en ciertas penas y aflicciones que también alguna vez te amargarán, como a todo mortal, mientras peregrina en esta tierra, estuve a tu lado y pude endulzártelas cuanto estuvo de mi parte, justo es, ahora que ya no puedo ofender tu modestia, predique la resignación con que supiste sobrellevar aquellas penalidades y sinsabores.

Acabo este modesto trabajo afirmando, sin temor de ser por nadie desmentido, que los altos puestos, que obtuvo el Sr. Febrer se le concedieron sin que mediara de su parte gestión alguna, ni menos hiciera valer influencias al efecto; y que ninguno de cuantos amigos le tratamos de cerca pudo jamás observar en él, que se lisonjeara en sus obras ni dejara entrever que se envaneciera en los éxitos de sus laudables empresas, cosas sumamente difíciles y raras, aún en muchos de los operarios de la viña del Señor.

ANTONIO ANGLADA.
Celador del Apostolado.



¡Se desprendió de todo!

MUCHOS se figuran conocerle, algunos abarcarle; pero en realidad ni le abarcan, ni le conocen porque su corazón es insondable...

Le conozco desde niño, desde el día en que puso por primera vez sus pies en el Seminario, y, siempre, siempre nos hemos amado; pero siempre también le he admirado.

¡Qué corazón el del Sr. Febrer.

Yo fui su limosnero y personalmente él, daba muchísimo.

Yo muchas veces lo veía pobre, pobrísimo, más pobre que los que socorría, y en mi prudencia humana le decía que no podía hacerlo, y me respondía: «*Dona, dona, no t' empatchis de res: si veas necesidats, remediales,*» y el Sr. Febrer daba con dinero prestado, cuando suyo no lo tenía.

Llevaba cuenta exacta de otras cosas; pero de sus limosnas, jamás.

No tenía casi vestido y él vestía a los demás, y si comía mejor que los pobres, era porque se lo daban.

Hasta sus venganzas eran hacer bien.

A una familia que le preparaba asechanzas prodigó sus favores y, sé, principalmente de uno, que, hasta con los amigos se piensa si o no se puede hacer, y advirtiéndole yo en la calle José M.^a Quadrado, que aquello era demasiado, me respondió con una de sus ge-

nialidades: ¡*Aixó son ses meues vengances!*

Y si esto hacía con los que podía considerar enemigos ¿qué no debía hacer por los pobres que amaba y con los compañeros que distinguía su amor?

Doy gracias a Dios porque me dió un amigo y me lo dió tan bueno.

Ahora muerto más le admiro.

Se desvivió por los pobres y ha muerto pobre.

Bienaventurado él, porque de los pobres es el reino de los cielos.

M. P. GORRIAS, *Pbro.*



A la memoria del M. I. Sr. Director

PERDIERON las ciencias un sabio [eminente,
la Iglesia un apostol ardiente en fervor,
las almas un guía experto e indulgen-
[te,
los pobres un padre que fué todo
[amor.

Partiendo sus rentas vivió pobre men-
[te,

trabajo incesante minó su salud;
por él Ciudadela lloró amargamente
bañando en silencio su triste ataúd.
¡Deífico Amante! a Tí consagrado
tan solo vivía, celando tu honor;
por él te pedimos que su Apostolado
dé frutos de vida y aumente en ardor.

UNA CELADORA.



IA ELI

Gratitud.

DE los artículos del presente número, el mejor, y más hermoso y más sentido, y más leído quisiera que fuera el mío, porque, quien más te debe soy yo... pero quien menos puede.. soy yo también.

Gratitud perenne merece tu memoria y la guardará intensa mi corazón.

Sentí tu muerte por mí, por nosotros, por todos los que quedamos... pero por tí me alegré. ¡Ya gozas del premio!

No podías morir de otra manera.

Nos amabas mucho, trabajabas mucho, servías mucho, ayudabas mucho, y mucho hubiéramos rogado.

Y no te hubieras marchado, y gozaríamos de tí; pues el Corazón de Jesús nos hubiera compadecido y complacido. Es Él quien dijo: *Pedid y recibiréis* y nosotros hubiéramos pedido vida larga y fructuosa. Y su Padre celestial afirmó que todo cuanto le pudiéramos por el Corazón de Jesús nos sería concedido y tú, nos enseñaste a pedir y rogar bien.

El Corazón de Jesús y su Padre Celestial atendieran nuestros ruegos y vivirías; sí, vivirías; pero querían premiarte, quisieron coronarte con la diadema de la inmor-

talidad y te arrancaron a nosotros con rapidez vertiginosa...

Nos has dejado huérfanos, no es extraño que lloremos... Es justo nuestro dolor.

Déjanos llorar nuestro mal y manifestarte nuestra gratitud cual lo sabe el barro humano.

Si en cuanto hacemos, fúnebres crespones ves, no son por tí, que la gozas del premio, son por nosotros que quedamos sin padre y sin guía... pero tus lecciones no morirán, perpetuaremos tus obras y con ellas tu nombre bendito, bendito entre los pobres que socorrías, entre los seminaristas que dirigías, entre los sacerdotes que alentabas, por el Sr. Obispo que reverenciabas, por el Apostolado que animabas, por Ciudadela que te admiraba, por todos que te respetaban, por María Inmaculada a quien amabas, por el Corazón de Jesús a quien adorabas y por quien eran tus trabajos, tus sudores, tus vigiliias, tus sacrificios, tu dinero, tu amor y tú todo.

Es deber de gratitud el bendecirte, y en cuanto a mí, es deber manifestarlo.

Te bendigo.

JUAN BENEJAM, *Pbro.*
S. de M.



NUESTRO RECTOR

NUESTRO buen Rector, murió. La noticia funesta de su inesperada muerte produjo el pasmo en nosotros que le habíamos hablado el día anterior al despedirnos para vacaciones y le habíamos notado algo más jovial y alegre durante los últimos días. Su muerte hirió nuestros corazones, heló nuestras almas y pintó en los semblantes el desconcierto y en los ojos el dolor. Todos hubiéramos deseado el poder de Josué y detener, en su carrera, a ese sol que alumbraba tan alto, para que no llegara tan presto al ocaso de su vida.

El llanto de desconsuelo, las consideraciones de agradecimiento y las oraciones, más bien de intercesión que de sufragio, volaron, hendiendo las regiones celestes, cual si fueran en busca de aquella figura venerable que llenaba el Seminario y que ya no se ve en parte alguna, ni responde, afable, a los saludos, ni se oyen sus pasos por el clausto, ni se encuentra en su celda, vacía, cuya puerta cerrada, marca el abismo que nos ha separado del que amablemente nos recibía y escuchaba nuestros planes, solucionaba nuestras dudas,

alentaba nuestros propósitos e impulsaba y asesoraba nuestros trabajos, previniendo los asaltos y contra tiempos.

El Angel feliz, a quien en vida estuvo confiado el que lloramos, cubierto con blanca vestidura, párecenos como si en lo alto de los Cielos recibiera nuestro presente de llanto y oraciones e introduciéndolo ante el trono del Empíreo volviera con la divina embajada distribuyendo a todos consuelo, resignación y aliento.—«No sean, dice, estériles vuestras lágrimas y pueriles vuestros lamentos. Apáguese el llanto en vuestro corazón pues el nombre de vuestro Rector estaba escrito en el Corazón divino de cuya devoción fué tan generoso Apostol. Recordad la vida que llevaba, la conducta que observaba, las obras que informaba y sostenía y las palabras que os decía cuando aún estaba entre nosotros. Aprended en sus escritos; perpetuad su memoria y haced que perduren en vuestros corazones y entre vosotros sus palabras y sus obras.»

Así sea.

LOS SEMINARISTAS.

Ciudadela, 15-1-21.



D I V I N A L

No trovant al mon
la flor que volía,
—floreta d' amor
que mai se mustiga—
un jorn se n' entrá
pels horts de la vida.
Diví jardiner
les portes li obría,
desig que 'l portá
ben prest l' endevina,
per' xó qu' amorós
amb les mans li signa
la flor de son pit
per si la voldría.
La flô te color
color de carn viva,
damunt una creu,
la volten espines,
te espines i creu,
també una ferida
per on qui hi ha entrat
mai més sortiría;
¡si estotja del cel

tota la delicia!
¡Ai Cor de Jesús,
ai mar sense mides,
ai font divinal
d' on raja la vida!

Jesús, bon Jesús
d' amor corfería 'l;
ferides d' amor
molt costa gorirles.
De llevors ensá
de nit i de día
en l' Apostolat
qu' es obra divina,
posá sos amors
i afanys sense mida;
fins que'l Jardiner
dels horts de la Vida
se l' endugué al cel
en se compayía.
¡Ai Cor de Jesús
per éll quine ditxa;
dáu-nos-la també
ais que aqui el seguíem!

JOSEP ROVIRA I COLOM.

